

Parte III



Visiones antropológicas de la conquista

I | Un “encuentro” y muchas conquistas

GUY ROZAT DUPEYRON

PROFESOR EMÉRITO DEL INSTITUTO NACIONAL

DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

SUMARIO: *Introducción; I. De conquista y escritura; II. Escribir la historia de la conquista; Conclusiones; Bibliografía.*

Muchas veces, desde una visión moralista de la historia, se considera que la conquista de México, y particularmente todas las violencias y destrucciones que ocurrieron, se debieron a fallas humanas o institucionales. En este ensayo se intenta mostrar que incluso antes de la llegada de Colón o Cortés, el destino de las culturas americanas estaba sellado. Recordando la violencia intrínseca de la sociedad cristiana occidental se muestra que el totalitarismo que fundamentaba la relación con el otro no podía dejar subsistir a las antiguas culturas americanas. Por esto para repensar hoy lo que fue la conquista de México se debe intentar pensar más allá de los relatos que los “testigos” nos dejaron. Debemos colocar estos textos en su horizonte de producción y de recepción, un universo que no tiene nada que ver con la historia o las ciencias humanas contemporáneas.

Introducción

Antes de empezar, como es tradición, debo agradecer muchísimo al Dr. Luis René Guerrero Galván por su amable invitación. De hecho, un tiempo dudé en aceptarla porque pensé que era producto de alguna equivocación, pero no. Nuestro anfitrión me confirmó que sí estaba realmente invitado en este agosto recinto y que sí podría exponer sin presiones ni censura el resultado de mis investigaciones sobre la conquista de México.

El tema de la conquista es un campo vastísimo de investigación y a pesar de décadas de trabajo no pretendo haber agotado ninguna de sus facetas. También debo aclarar que mucho de lo que diré, a veces, no son ideas estrictamente mías, sino que pueden ser consideradas como parte del trabajo colectivo del seminario

permanente de historiografía, “Repensar la Conquista”, que desde hace 15 años se reúne en la ciudad de Xalapa a finales de marzo y al cual están invitados.

Para empezar, podríamos señalar tres puntos que explican las ambigüedades de la elaboración de un saber coherente sobre la conquista, saber tan complejo que a veces parecería autorizar a ciertos “doctos” a proferir cualquier cosa sin respetar las reglas mínimas que el saber histórico, con mucho trabajo, ha acumulado a lo largo de las últimas décadas.

¿A quién pertenece el relato de la conquista?

Creo que debemos pensar unos instantes en esta pregunta historiográfica que puede parecer muy trivial: ¿A quién pertenece el relato de la conquista? Aparentemente la conquista de México es de los mexicanos ¿no? Como “la tierra es de quien la trabaja”, hubiera dicho un zapatista. Pero esto de la historia a lo mejor no es tan, tan, tan obvio. Si pensamos un poco podemos ver cómo en los estantes de las librerías de México las historias de la conquista escritas y publicadas en el país son minoritarias, y que incluso “triumfan” a veces apoyadas por intensas campañas mediáticas extranjeras, “Historias de la conquista” producidas desde otras tradiciones historiográficas europeas, cuando no se trata de simples delirios egolátricos.¹

Esta primera reflexión nos lleva también a recordarnos que en los siglos XVI y XVII los textos que trataban de la conquista no eran escritos ni destinados a mexicanos. Más bien eran textos que pretendían dar visibilidad a la gran gesta conquistadora hispano cristiano, justificándola. Y es en una estrecha lógica historiográfica, teológica y escatológica, que fueron escritos y recibidos durante varios siglos.

En el siglo XVIII, como lo podemos constatar revisando la producción historiográfica española, ese país estaba casi imposibilitado para elaborar la gran historiografía americana a la cual aspiraba. Y esto era porque definitivamente ya el mundo americano se había vuelto parte de una nueva historiografía europea que inauguraron los Ilustrados. Los hurones o iroqueses que eran paseados en los salones de París, Londres o Berlín, ya no eran sujetos para una reflexión sobre un plan de Dios en el mundo a beneficio exclusivo de España, sino que éstos eran invitados como testigos sobrevivientes de la evolución de las sociedades humanas para la elaboración de una nueva Historia natural del Hombre. Una nueva historia mundial se esboza, en la cual América ya no es

¹ Aquí solamente podríamos recordar ciertas muy ambiguas obras de historia como *La Conquista de México* de Hugh Thomas, para no decir nada de las últimas “obras” de Christian Duverger.

la cosa de los hispanos. El propio rey de España está fascinado por las historias del francés Raynal y del inglés Robertson.²

En el siglo XIX, con la consumación de la independencia, las nuevas naciones latinoamericanas tienen que enfrentarse a la construcción de una historia patria, pero en el caso mexicano cuya población es mayoritariamente indígena, se vuelve difícil pensar una historia nacional propia. Ciertamente hubo intentos interesantes, pero prácticamente sólo Bustamante intentó fundar una historia nacional con amarres en el antiguo mundo precolombino.³ Las ambigüedades sociales del proyecto nacional condicionan las ambigüedades en la construcción de un relato de la conquista durante la primera mitad del XIX. Y habrá que esperar a Prescott, un norteamericano, para tener en México el primer gran relato de la conquista.⁴ Tanto liberales como conservadores adoptaron este relato.⁵ Y de una vez nuestro Bernal se volvió historiador.

Pero no diré más sobre esto. Esta discusión no es el objeto de mi exposición hoy, solo pretendo señalar un campo de estudio historiográfico fundamental: es decir, la pregunta del lugar desde dónde se enuncia La Conquista de México. Lo que nos debe llevar también a interrogarnos sobre la extraña situación historiográfica que permitió que el Relato de la Conquista desapareciera de la Historia General de México Versión 2000 propuesta por el Colegio de México.

Lo que queremos decir con esta mínima puesta en contextos culturales de elaboración de los textos de la conquista, es que tanto la redacción de las crónicas como las primeras síntesis explicativas, pertenecieron generalmente a lógicas historiográficas “extranjeras”, lejanas a las necesidades de la elaboración de una tradición nacional, pero que sí pudiéramos calificar, si me permiten, de colonialistas y racistas.

Y ya que evocamos al racismo...

Parecerá algo extraño incluir en este ensayo sobre la Conquista el tema del racismo, algo que todos sabemos, según la glosa nacionalista mexicana, no existe en este país. Generalmente en los racismos declarados de los siglos XIX y XX podemos ver en acción dos conjuntos de dispositivos retóricos centrados en la diabolización y la animalización del otro. Pero para mostrar el anclaje de ese racismo “que no existe”, me gustaría mostrar que estas retóricas de construcción de alteridades por Occidente se remontan mucho más allá y operan desde la constitución misma del pensamiento occidental. Es esta maquinaria

² Raynal Guillaume Thomas François (1713-1796), *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des Européens dans les deux Indes*, varias ediciones. Robertson William (1721-1793), *The History of America*, Londres, 1777.

³ Bustamante Carlos María de (1774-1848), *Mañanas de la Alameda de México; publicadas para facilitar a las señoritas el estudio de la historia de su país*, 2 vols. México, 1835-1836.

⁴ Prescott William (1796-1859), *History of the Conquest of Mexico*, Nueva York, Harper and Company, 1843.

⁵ Si en 1846 J. F. Ramírez emite críticas sobre la edición de la imprenta de Cumplido, en la edición de Torres Alamán se muestra mucho más favorable.

implacable afinada ya en los siglos XI y XII, primer gran momento de expansión occidental, recuérdense las cruzadas y el Reino Latino de Jerusalén la que, aplicada a América provocará la “destrucción de las Indias.”

Historia y violencia

La constatación de que el siglo XX había sido el gran siglo de las masacres de masas, llevó a mi generación a examinar con una mirada crítica una cierta historia que se pretendía “humanista”. La ciencia y la razón perdieron para muchos de mi generación sus aureolas virginales. Si miles de científicos participaban en la construcción de artefactos sofisticados que servirían al día siguiente o el mismo día, para aniquilar o mutilar a miles de otros individuos en algún rincón del planeta, ¿qué confianza acordar a esa Ciencia para la futura felicidad de los hombres? Y si las masacres podían ser racionalmente planificadas y ejecutadas en escasas semanas, como lo demostró la última, la de Ruanda, con la complicidad de la Iglesia católica y bajo la mirada “neutral” de los gobiernos occidentales ¿dónde está la razón? A menos que la razón de estado, y/o la razón económica, no estén regidas por ninguna Razón.

Fue así como vuelto historiador empecé a reflexionar sobre la naturaleza y el posible fracaso del proceso civilizatorio, y a preguntarme sobre esta violencia supuestamente domesticada por unas prácticas seculares de educación y buenas costumbres. Porque sabemos hoy que a pesar de nuestros siglos de ilustración, la violencia sigue agazapada, constreñida acaso, pero siempre al acecho en el animal humano, lista para explayarse en toda su crudeza, cuando es efectiva la ruptura de un contrato social mínimo, y/o que la coyuntura parezca “justificarla”. No es tampoco necesario recordar las atrocidades de las guerras en la ex-Yugoslavia, país que fue para mi generación la esperanza de un socialismo democrático, sólo hay que leer atentamente los balances de la violencia que parece azotar a todo nuestro país desde hace un poco más de 20 años. Aparecería así en filigrana de esta introducción, la pregunta del efecto social del relato histórico en el destino de las naciones y si por casualidad un relato retorcido o negado de la conquista no estaría impidiendo la emergencia de identidades nuevas para mexicanos de hoy y mañana.

I. De conquista y escritura

Después de esta introducción creo que pueden entender por qué para mi pensar la Historia de la Conquista de México ya no era intentar pensar solamente la lógica de lo realmente ocurrido, sino también y sobre todo repensar la naturaleza de los relatos que los “testigos” de ese magno evento nos habían dejado sobre él. Camino que nos llevó rápidamente a entender que no había que confundir jamás, como lo han hecho muchos colegas que trabajan el tema, la verdad del

relato construido sobre la conquista y la verdad del hecho ocurrido en dicha conquista.

Así empecé la investigación que me ha tenido entretenido tantos años, es decir que me dediqué a pensar cómo el logos occidental construye Américas e inventa indios, pero pretendiendo casi siempre decirnos La Verdad pura y dura de la antigua América. Es en esta invención incesante, totalitaria, que reside la violencia y el poder destructivo de Occidente.

Para entender la lógica de esa capacidad destructiva debemos acercarnos al “núcleo duro”, un término de moda en la UNAM, donde la identidad occidental se explicita y construye a los Otros, donde propone un modelo de sociedad coextendida al mundo, que se presenta a sí misma y frente a las demás como el único proyecto de mundo posible.

El mito originario de Occidente

El elemento más dramático de esa nebulosa simbólica, y para mí el más portador de violencia futura, es que ese hombre occidental es finalmente un ser totalmente vacío, es y solo es el producto de una maldición. En su etapa edénica el hombre no existía verdaderamente, no era realmente hombre, si bien se nos dice que participaba de Dios, sólo gozaba de su presencia, de hecho, era un mero apéndice, una criatura más en el Jardín, criatura especial sí, a lo mejor, pero ni tanto, si éste se aburría a tal punto que Dios tuvo que sacarle una compañera de una costilla para divertirlo. Y eso de ¿divertirlo...? recuérdense que todavía no se reproducía, ni sufría, ni el cuerpo ni el tiempo existían realmente. La eternidad es ausencia de tiempo, no la acumulación de mucho tiempo como se cree, la eternidad sólo es “el tiempo” de Dios.

Resumiendo, el relato del Génesis, que supongo todos conocen, ya tenemos a la pareja primordial expulsada del paraíso terrenal después del Pecado Original, pero ahora sometida al tiempo. El hombre entra a la historia y esa historia será la del sufrimiento, de la violencia y de la muerte.

La primera conclusión que se puede sacar del mito fundamental occidental, es que el hombre no solamente es nada en sí mismo, sino que su esencia está totalmente viciada. Que ese hombre es impotente para pensarse una historia propia, el único proyecto pensable para él es regresar un día a su creador al final de los tiempos. La naturaleza del hombre es tan viciada por el pecado original que Dios mismo reconoce que cualquier progreso de éstos se dará solo con su acción decidida. La única libertad del hombre, si no es un albur hablar aquí de libertad, es hacer lo que le dicta su creador.

Este mito originario estructura todo el pensamiento cristiano y constituye su manera de construir historias de sí mismo o de los demás. Construye una historiografía salvífica donde no hay lugar alguno para la diversidad cultural.

Unidad y diversidad humana, los orígenes de los indios

Este mito bíblico provee a toda la humanidad de una misma pareja original. Pero ya desde la primera generación de humanos, aparecen serias diferencias entre ellos: hay hombres cuyo sacrificio agrada a Dios y otros que no, y así Caín matará a Abel.

Finalmente, al cabo de un tiempo relativamente corto, si se considera que Dios es eterno, ese Dios celoso e impaciente se disgusta radicalmente con su creación y manda el Diluvio, que puede ser considerado finalmente como el instrumento para una nueva creación. Noé en su arca salva la esperanza divina. Dios sella un nuevo pacto con sus criaturas. Pero la armonía entre los hombres no podría durar, tan grande es la maldad en el corazón humano.

Al salir del arca, Noé descubre la vid y el vino. Sorprendido, se emborracha y bajo el efecto del alcohol se desnuda en su tienda. Cham, el más joven de sus hijos, ve la desnudez de su padre y se mofa llamando a sus hermanos a burlarse del espectáculo. Pero éstos, al contrario, con infinito respeto lo cubren sin mirarlo. Noé despierto, informado si dudo por el intrigante de Sem, siempre hay un soplón, maldice a Cham (Gen. 10, 25) “Maldito sea Canaán! ¡Que sea para sus hermanos el último de los esclavos!”. Ya vemos pronto justificada una definitiva jerarquía entre los hombres. Sem y sus descendientes reciben la preeminencia y serán en adelante los portadores de la nueva alianza. La Edad Media verá ahí el triple origen de los hombres, una justificación teológico-histórica de la maldición de los hijos de Canaán, futuras víctimas de todas las violencias. Si Cham es el ancestro mítico de los africanos, es también el de los siervos medievales, Sem es el origen de los clérigos, Japhet el de los señores. Pero estas nuevas diferencias todavía no son tales que impidan a los hombres comunicarse.

De esta “Historia Santa” quedaría por mencionar el episodio de la torre de Babel ya que en los relatos redactados para imaginar el origen de los pueblos americanos en la Nueva España, la fecha de este evento es fundamental. Otra vez el orgullo, esa maldad que está en el corazón de los hombres, se manifiesta. Los hombres deciden construir una torre que llegaría hasta el cielo para hablar al tú por tú con el creador. Dios, furioso, una vez más, interviene y decide confundir sus lenguajes. Los hombres dejan de construir la torre y confusos se dispersan definitivamente por toda la tierra.

Pero Dios sigue aburriéndose y continúa con su plan de recuperar su creación. Entre los múltiples descendientes de Sem escoge a Abraham para que sea el padre de un gran pueblo, su pueblo. El cristianismo, nuevo pueblo elegido, hereda de Israel esa voluntad de cerrarse a los otros, de defender su autenticidad. Es siempre desde la doxa buscando consolidarse que se enunciara la herejía, desde el sistema de la pureza se enunciara la mancha de los demás.

El hombre y la naturaleza

No insistiremos más sobre esta relación fundamental en el mito cristiano. Solo recordaremos que La maldición divina se extiende del hombre hacia la naturaleza. La naturaleza también es maldita y la tierra estéril. Solo será fecundada por el sudor del hombre. Pero también Dios reafirma el dominio absoluto de la violencia de los hombres sobre los animales, aves, pescados y todo lo que se mueve en la tierra, todos “son entregados a su poder”. No es solo la afirmación de un dominio sino también la afirmación de su separación radical de la naturaleza, no es responsable de ella, sino que su relación es la del depredador.

Así con algunos versículos del Génesis revisados por el cristianismo, vemos claramente explicitado el núcleo mítico de la identidad occidental. El hombre es fundamentalmente malo y despreciable, es producto de una maldición divina. El tránsito de la existencia humana está hecho para la expiación y el sufrimiento. Pero sobre todo en la historia, que será siempre historia moral, existen dos tipos de hombres: los que son parte del pueblo de Dios, el Occidente cristiano, y todos los demás que pertenecen al pueblo de los ídolos, sometidos al demonio.

Con estas simples reglas de gramática mítica-cultural Occidente construyó un discurso y unas prácticas de la otredad, que nos permiten entender cómo la destrucción de la América Antigua en el siglo XVI y XVII no fue producto de errores o de simples ignorancias, sino el resultado previsible e ineluctable de la confrontación del ser occidental con los habitantes de esas “nuevas tierras”. Esto es para mí el “encuentro de dos culturas”. El argumento de una película de terror.

La invención de los otros de Occidente

Así la sociedad occidental cristiana de los siglos XI y XII, tenderá a rechazar fuera de lo humano a todos los que no son idénticos: judíos, musulmanes, griegos, etc., como también los que en su interior no estén de acuerdo con las innovaciones dogmáticas: los heréticos.

Para mostrar en acción la amplitud de este discurso de la exclusión utilizaremos el testimonio de un famoso abad de Cluny, la más grande orden monástica de la época.⁶ Pedro, contemporáneo de la segunda cruzada, escribió tres tratados dedicados a “los 3 otros” de su época. Uno contra los heréticos (Contra petrobrusianos heréticos), otro contra los judíos (*Adversus Iudaeorum inueteratam duritiem*), y el tercero contra el islam (*Contra sectam sarracenorum*). Pero finalmente estos tres tratados funcionan como un todo, nos explica Iogna Prat, cada uno refiriéndose a los otros, lo que nos permite observar un discurso general muy estructurado y muy coherente de la exclusión.

⁶Para más información ver el extraordinario libro de Iogna-Prat Dominique, *Ordonner et exclure. Cluny et la société chrétienne face à l'hérésie, au judaïsme et à l'Islam, 1000-1150*, París, Aubier, 1998.

Invencción de heréticos

La noción de cristiandad no implica simplemente una comunidad espiritual más o menos numerosa, sino que designa ahora una estructura de carácter social y temporal, un espacio, un poder; y por lo tanto tienen que aparecer fuertes instituciones encargadas de vigilar la defensa de ese espacio y de ese poder. La Inquisición se vuelve necesaria y rápidamente se encargará de los herejes recién producidos, inventados diría O'Gorman.

La iglesia ahora rica y poderosa, se enfrenta con las prácticas ascéticas de los eremitas y la de los predicadores y profetas itinerantes, “inspirados”, que recorrían los caminos llamando a la conversión y a la realización colectiva mediante la pobreza a imagen de Cristo y sus apóstoles. La institución iglesia desconfía de esos radicales incontrolables y se reserva el monopolio de la palabra divina. Los laicos, ahora, ya no podrán intervenir en la predicación y la evangelización. Así se perseguirán los valdenses.

Cualquier intento de tomar la palabra, de manifestar reticencias a aceptar las innovaciones dogmáticas en curso, será considerado como una forma de crítica a las bases mismas de la institución eclesial y de lo que debe ser la vida en una sociedad cristiana. Se ira imponiendo una sociedad intolerante y las ovejas descarriadas y pertinaces serán llevadas a la hoguera.

La invención del judío, enemigo del interior

Los judíos, numerosos en todo Occidente, empiezan a tener serias dificultades en el siglo XI. Se empieza a difundir el rumor, retomado por ejemplo por el cronista Raúl Glaber en sus “Historias”, de que el saqueo de Jerusalén por “el príncipe de Babilonia” (Al Hakim en 1009) se debió al pedido expreso de los “malvados judíos de Orleáns” pequeña ciudad del Loire francés. El cronista añade que evidentemente los buenos cristianos no podían dejar impune tal infamia, y se transformaron en vengadores del Señor, masacrando alegremente a judíos en diversas ciudades. También en esa época se instaura la tradición (muy cristiana evidentemente) de abofetear un judío el día de Pascuas. Son bien conocidos los “excesos” de los cruzados en camino hacia Palestina. Después del fracaso de las cruzadas, la suerte de los judíos tenderá a empeorar. Se multiplican las acusaciones de crímenes rituales contra niños cristianos.⁷

⁷ Esa acusación ya antigua se utilizara durante siglos, como por ejemplo lo muestra el proceso de La Guardia, cerca de Toledo, en 1490-1491, en el cual fueron declarados culpables y ejecutados 6 conversos y 5 judíos el 15 de noviembre de 1491, sin que jamás se supiera la identidad del famoso niño sacrificado. Pero para entender este proceso hay que recordar que el 31 de Marzo de 1492, cuatro meses después, los Reyes Católicos firman el decreto de la expulsión de los judíos. Proceso organizado y “teleguiado” desde la Cancillería real, teniendo como objeto mostrar lo monstruoso de esa presencia judía en los reinos hispanos. Poliakov, Leon *Historia del antisemitismo, de Mahoma a los Marranos*, Barcelona, Muchnik, 1980, p. 390.

El discurso del odio anti judío no es nuevo, existe desde el siglo II. Se desarrolló una retórica del odio y se cargó a los judíos el crimen de deicidio. Juan Crisóstomo, “boca de oro” para los cristianos, en el siglo IV será uno de los más violentos: Los cristianos, proclama éste, deben alejarse para siempre de todo contacto con los judíos. Para él la sinagoga es un prostíbulo, un teatro, un refugio de ladrones, una guarida de bestias salvajes, la morada del demonio. Los judíos son cerdos dominados por sus instintos, que piensan solo en su panza. Todo lo que toca a los judíos se inscribe en la bestialidad, comparados a veces con perros, puercos, chivos o bestias salvajes. Son bestias que tienen además todos los otros vicios. Todo lo relativo a los judíos es mancilla e impureza; su culto burla grotesca, ridícula y vergonzosa.

En el siglo siguiente, Agustín de Hipona, con su elegante prosa latina parece menos violento pero el “resultado” de sus reflexiones es el mismo, o peor. Agustín afirma que el judaísmo ya no tenía ahora otro inspirador que Satanás. Sobre esas “gentes ávidas y groseras, sin cesar preocupados por los goces materiales” pesa la maldición que han atraído y aceptado sobre sus hijos al matar al Mesías. Pero no hay que matarlos. La permanencia del pueblo judío es necesaria para que los cristianos vean cómo son rechazados por Dios. Esta idea de pueblo-testigo definitivamente envilecido, abre la vía a las interpretaciones más extremas, porque la eficacia de ese testimonio dependerá del estado de opresión y abyección en el cual ese pueblo subsistirá. Se prohíbe a un judío tener esclavos cristianos, se les expulsa del agro, de los ejércitos, de la administración y funciones públicas. En 397 la iglesia les retiró además el derecho de asilo y prohibió las uniones mixtas bajo pena de muerte. En resumen, para la cultura clerical, como lo afirma el obispo Aborgado de Lyon en la época de Carlomagno, los hombres sometidos a la ley mosaica son malditos.

Esta condena radical del judío se construye sobre las formulas tradicionales de la excomunión. Si algo amenaza a la comunidad medieval, es por culpa de los judíos. Ya sea por ser directamente responsables o porque sus enormes pecados atraen el castigo divino sobre la comunidad ciudadana. Si los vikingos toman y saquean Burdeos ese desastre es atribuido a los judíos, son ellos los que han abierto la ciudad a los piratas en 876. Si muere un rey, como Carlos el Calvo en 877, o un siglo más tarde Hugo Capeto, no hay duda de que son sus médicos judíos quienes los envenenaron.

Los escritos de Pedro no son formulas retóricas, cuando pretende reprehender a los judíos asesinos de Cristo y cuando se pregunta si estos pertenecen a la especie humana. Está claro que enunciar esa pregunta lleva implícita la respuesta de que los judíos ya no tienen nada de humano. La capacidad de los judíos para la maldad sigue plena y entera. En cuanto a las cruzadas declara ese prelado, por qué ir tan lejos a atacar a los sarracenos cuando existe cerca un

pueblo más hostil que estos; los judíos que blasfeman, desprecian, y deshonoran en toda impunidad a Cristo.⁸ Cuando Pedro pretende “discutir” con los doctores judíos, realmente sólo discute consigo mismo. No hay discusión, debate, polémica, las cuestiones de las fuentes son secundarias e importa poco que Pedro no entienda nada al Talmud. Así finalmente deshumanizados, vueltos semejantes a bestias, diabolizados, los judíos se vuelven puras contrafiguras. Y nada extraña que en 1182, Felipe Augusto, rey muy cristiano, expulse por primera vez a los judíos del reino de Francia, que espera “purificar”, así como llenar sus arcas con sus bienes. Pedro imagina solo dos soluciones al “problema judío”: la reducción por la conversión o por la fuerza al estado de siervos y/o la expulsión. Un método que nos recuerda lo que ocurrirá en los siglos siguientes en América.

Y si estamos de buena fe y no cegados por los argumentos supuestamente seráficos de los evangelizadores americanos, a todo lo que acabo de decir podemos intercambiar la palabra “judío” por la de “indio” y tendremos la evangelización en acción y sus millones de muertos.

Los Sarracenos, esos nuevos enemigos

Me gustaría ahora hablarles del que se va a volver en los siglos siguientes el gran enemigo de la cristiandad, los sarracenos. Aquí también todo es inventado, Pedro discute de manera imaginaria con los musulmanes, pero sobre puntos sin importancia del islam y descalifica definitivamente el Corán por ser una invención diabólica. Mahoma, según Pedro, finge ser profeta sólo para poder tener acceso a todas las mujeres que desea. Concibió su enseñanza bajo la dirección de un monje arriano inspirado por el demonio, furioso de ver que esa herejía había sido vencida.

La expansión territorial de la orden de Cluny a toda Europa y al Oriente encontró en su camino a los seguidores del islam, pero fue en España donde Cluny tuvo sus mejores éxitos. Los reyes de Castilla les agradecen su apoyo espiritual con un censo sobre las riquezas tomadas a los moros que permitirá edificar la más grande iglesia de Occidente, la de Cluny III. Todos los días esa orden canta salmos para la victoria del rey de Castilla, Alfonso VI.

Si Pedro siente tanto la urgencia de refutar los errores diabólicos de Mahoma es porque sus enseñanzas son un peligro. Cuando los cristianos consideran el triunfo de sus sectadores, cuando se sabe de la piedad de sus creyentes, la riqueza y el orden y paz en sus estados, algunos cristianos empiezan a preguntarse si esos heréticos no estarían cercanos a la verdad, particularmente en las zonas de

⁸ Los investigadores que estudian el famoso “Coloquio de los 12”, que supuestamente nos reporta la polémica entre los recién llegados franciscanos y los sátrapas y sacerdotes indígenas, deberían recordarse de estos miles de falsos diálogos que nos ofrece la polémica tradición cristiana medieval.

contacto del Mediterráneo. Pedro, como siempre, jamás dialoga con adversarios reales, sino con él mismo. Y como se da cuenta de que finalmente ese falso debate no lleva a nada, Pedro imputa a sus adversarios el rechazo del diálogo y concluye invectivando a esos cobardes que temen entrar en la discusión. Se ve así “forzado de hacer la guerra”, una guerra total, incierta, pero siempre episodios gloriosos de los que conduce la iglesia universal contra el demonio.

Primeras conclusiones para el destino americano

Si he querido insistir en la mecánica de construcción de los “otros” por la cristiandad medieval, es porque es esa misma violencia identitaria occidental la que va a encontrar y a imponerse en América. La primera tarea de los sabios de Occidente fue explicitar esa identidad otra, y hubo que inventar América para volverla inteligible para los occidentales. Es tal el choque de este “encuentro” para ese saber occidental, tan seguro de sí mismo y de su Dios, que la primera pregunta fue saber si esos indios eran realmente hijos de Adán. Pregunta fundamental porque se trataba de decir, más bien de decidir, si eran hombres o animales. Y si no eran animales, si eran hijos de Adán, había que introducirlos en el relato bíblico, considerado como el relato único y verdadero de la historia humana. Por eso se necesitó a los descubridores, Colón y los otros y a la intelectualidad de su tiempo, y décadas para convencerse de que lo que se había encontrado era un nuevo continente, porque esa posibilidad enfrentaba radicalmente al saber occidental consigo mismo, introducía una duda fundamental en todo ese saber.

Si algunos autores insistían sobre el origen judío de los indios, y esto incluso hasta finales del XVIII, es porque éste permitía de golpe dar un cierto estatus teológico a esos indios y por lo tanto se les podía inscribir en las esperanzas escatológicas que dominaban la cultura de ese periodo. También si se descubría a esos “judíos perdidos” era porque se acercaba el fin de los tiempos, en el cual todos los judíos tenían que ser convertidos. Pero esto no convenció a todos y durante 3 siglos los eruditos buscaron explicar el poblamiento de América, y por lo tanto la filiación americana, es decir ¿con qué pueblo emparentarlos? ¿En qué nivel de dignidad humana incluirlos? O de manera más interesada pretenderse sus herederos o sus primos para despojarlos de sus tierras.

Pero fuera de estas sesudas reflexiones, la opinión general era que judíos o no, como lo afirmó en su tiempo Pedro, esos hombres vivían en una cultura dominada por el demonio. Solo recordaré aquí a Joseph de Acosta que en su *Historia Natural* empieza su Antropología Americana con este tipo de afirmaciones.⁹ Las

⁹ Acosta, Joseph de *Historia natural y moral de las Indias*/Joseph de Acosta; ed., pról. y apénd. de Edmundo O’Gorman, 2ª ed., México, FCE, 1962.

culturas americanas viven desde hace siglos bajo la tutela del demonio. Nada se puede salvar de ellas, porque se está con Dios o con el demonio.

Es evidente que este cambio radical del cuadro de vida fue resentido y rechazado por los pueblos americanos. Si algunas comunidades dejaron de tener hijos, si se presentaron casos múltiples de suicidio colectivo, fue porque las poblaciones tuvieron conciencia de lo que estaba en juego con la evangelización. El paso de identidades propias y múltiples, gozosas, a una identidad uniforme de esclavos, sometida a la doble violencia del poder cristiano, en medio de terribles epidemias que decimaban a la población y fragilizaban toda posible respuesta colectiva.

Si me han seguido hasta aquí, si no se han dormido, podrán entender por qué a todo lo largo de mis investigaciones sobre la conquista jamás me he interesado en distinguir entre buenos y malos evangelizadores o buenos y malos colonizadores, en distribuir premios y condenas. No se trata realmente de saber quién vertió más sangre porque es probable que los buenos, los más benevolentes, a pesar de todo su “humanismo”, o por eso mismo, fueran los más letales enemigos de las culturas americanas.¹⁰

Después de haber dicho esto me tocaría ahora entrar en lo que han sido mis lecturas de los “textos de la conquista” ya que estos han sido mi principal interés y mi producción más polémica como la de muchos de mis alumnos.

II. Escribir la historia de la conquista

Algunos de ustedes a lo mejor se chocaron con lo que acabo de desarrollar y se preguntarán qué tienen que ver esos recuerdos bíblicos para entender la conquista. Sólo los que han leído atentamente las crónicas de los siglos XVI y XVII habrán entendido lo que pretendía. Cuando empecé a pensar la conquista para entender lo que me decían las crónicas, tenía como proyecto intentar rastrear lo que sería algo como mapas mentales que fueran comunes a los “conquistadores”, ya fuesen soldados, frailes, comerciantes o aventureros. Es por eso que fascinado desde años atrás por la época medieval europea, cuando leí por primera vez la “Visión de los vencidos” me di cuenta de que era una especie de rapsodia medieval. Todo estaba aquí, los presagios, las profecías, las apariciones de arcángeles guerreros, las epidemias, como toda una serie de situaciones milagrosas, todos signos de la intervención divina, que, según estos

¹⁰ En su crónica *Historia de los triunfos de nuestra santa fe entre las gentes más bárbaras y fieras del nuevo orbe: conseguidos por los soldados de la milicia de la Compañía de Jesús en las misiones de la Nueva España*, el jesuita Pérez de Ribas que se pretende evangelizador de los hiaquis, nos cuenta sin ningún remordimiento cómo entrega al poder de las fuerzas militares para que sean aniquilados a los que considera como renegados. Siendo el renegado un indio que vivió un tiempo en una misión, pero después prefirió regresar al monte a vivir según sus antiguas costumbres.

relatos, había permitido a unos puñados de mercenarios “vencer” y destruir el antiguo mundo americano.

Como el tiempo apremia me gustaría ahora entrar en una de las propuestas polémicas que he presentado para apoyar mi lectura de las crónicas. Utilizaré lo que me parece el meollo simbólico del libro XII de Sahagún.¹¹

Si examinamos sin prejuicios el libro XII de la obra de Bernardino de Sahagún, podemos encontrar ahí un relato a lo medieval de las “Palabras y Hechos del emperador Motecuhzoma”, pero ese relato y el retrato que de ello proviene, solo es verosímil en y por el relato del franciscano, construido a través de las reglas retóricas de una historiografía salvífica.

Motecuhzoma rey y profeta

Si queremos ir más allá del emperador pusilánime y temeroso que se ha construido para la glosa nacionalista y leemos cuidadosamente a Sahagún, vemos que, según los modelos morales medievales, es un gran rey, un personaje dotado de la virtud de fuerza, y por tanto tiene que manifestarla y ejercerla. Es un rey poderoso que ha llevado sus conquistas hasta el fin del horizonte. Es también un buen administrador que procura paz y felicidad a sus vasallos. De igual manera es un rey, que como todo “buen rey cristiano”, teme a sus dioses. Pasa mucho tiempo reconstruyendo templos, adornándolos, orando, haciendo sacrificios, etc. En resumen, el retrato del tlatoani ofrecido por Sahagún, es el de un verdadero y legítimo Rey, según la simbólica cristiana.

Ahora bien, y ya que Dios ha decidido intervenir para la salvación de los pobres americanos sometidos durante siglos al reino del demonio, tiene que escoger a un agente. Y el agente natural será, evidentemente, ese rey poderoso y temeroso del poder divino. Y el tlatoani mexica se transformará poco a poco en el profeta del Señor. Es él, el que ve, el que presiente lo que está por ocurrir. Presagios y prodigios le están destinados a él. Y sólo él sabe leerlos, verlos, e incluso cuando se le trae ese animal extraño, la grulla que tiene un espejo en la cabeza, el rey ve ahí claramente hombres desconocidos, armados, cabalgando hacia él. Pero cuando sus “hechiceros” intentan ver, ya no pueden ver nada ya que “se desapareció el pájaro”. Motecuhzoma es el único vidente del Señor.

Así en su relato, el franciscano insiste no en lo que sería un intento de contarnos una cierta realidad que testigos privilegiados hubieran conservado por milagro, sino en desarrollar una fábula pedagógica y moral. Con su exempla no sabremos jamás lo que pudo ocurrir ni lo que pensó el emperador mexica, ni lo que dijo, sino que sólo podemos ver a través del texto del fraile cómo va creciendo paulatinamente, con las llegadas de las expediciones españolas a

¹¹ Sahagún, Bernardino de (1499-1590) *Historia general de las cosas de la Nueva España*, México, Editorial Porrúa, 1999.

las márgenes del “imperio”, una auténtica angustia profética. Poco a poco el profeta se llena de terror, e incluso como Jonás o el propio Cristo, intentará escapar un instante a su destino, esconderse, hasta que “el Dios Tezcatlipoca”, sabiéndose vencido interpela a los enviados del emperador: que le digan que no sea pusilánime, que ya todo está escrito, que ocurrirá lo que debe ocurrir. E incluso ése muestra a estos hechiceros desorientados la suerte de la orgullosa Tenochtitlan, una capital en llamas. Finalmente, como Cristo en Getsemaní, el Motecuhzoma del relato franciscano acepta su destino y se tranquiliza. Todo está dicho, así será y por eso en el discurso franciscano aceptará pacíficamente la llegada de Cortés.

Pero ¿por qué va tejiendo el buen fraile esa necesaria ficción? Evidentemente es fundamental porque este tlatoani será el encargado de la entrega pacífica del Imperio. Si ustedes se fijan en la lectura de ese libro XII que propongo, la figura de Motecuhzoma está omnipresente hasta las dos grandes arengas de entrega del Imperio, y una vez entregado el poder, desaparece casi totalmente. La economía del discurso mítico ya no lo necesita, desde la entrega es Cortés quien habla y decide, y se nos muestra como detentor de todo el poder, y lo que es muy importante es que detenta ahora un absoluto y legítimo poder. Y así parece cumplirse con la condición esencial de una evangelización pacífica.

Pero también, como esos relatos se escriben años después de la Conquista y el cronista sabe lo que ocurrió, es decir, la destrucción de gran parte de la población y civilización del altiplano, y no sólo la destrucción de la capital, tiene que hacer recargar la responsabilidad de dicha destrucción sobre los propios indios, y no sobre los españoles, y menos aún sobre la conciencia real.

La culpa de la destrucción la tienen los indios levantados contra el poder legítimo, son ellos que tienen que cargar con la culpa, y no los españoles, herederos naturales por la entrega de Motecuhzoma de un poder legítimo. Incluso el relato del franciscano hace de los indios los responsables de la muerte de su legítimo rey. Doblemente sacrílegos atentan contra la persona de éste, y se levantan contra el poder legítimo, según la lógica de la historiografía teológica, evidentemente.

Para concluir la recuperación de este mini ejemplo de la obra de Sahagún no debemos olvidar que la destrucción de la población mexicana en la primera mitad del XVI, interpela a la conciencia de los padres franciscanos cuando se dan cuenta de que pareciera como si Dios quisiera hacer desaparecer a toda a esta gente indiana.

Tenochtitlan otra Jerusalén

Pero para ese mito de origen que estructura Sahagún, Tenochtitlan también tiene que ser destruida. Como la destrucción de Jerusalén había sido necesaria

para marcar el fin de la promesa del Antiguo Testamento, el fin de la capital mexicana marca el fin de los demonios y la nueva alianza de Dios con América. La necesaria destrucción física de las dos ciudades marca dos inflexiones mayores en el tiempo teológico: el fin del mundo judío, y el fin del mundo de los ídolos. A través del fin de Tenochtitlan, los pueblos americanos podrán integrarse, aunque sea poco tiempo antes de la Parusía, a la promesa crística y la posibilidad de la salvación.

Los presagios que nos reporta Sahagún y que anunciaron la Conquista, son los mismos que anunciaron a los judíos, según Josefo, en su *Guerra de los Judíos*, la ruina de Jerusalén y la destrucción del templo.¹² Y tampoco nos extraña que inmediatamente después de la Conquista, con los españoles retirados hacia Tlaxcala, “la ciudad aliada”, abandonando a la capital azteca, presa de la viruela, etc., en los festejos de la victoria, se presente un auto sacramental llamado algo así como “La destrucción de Jerusalén”.

Conclusiones

Si debiera resumir la conquista en unos escasos minutos diría que fue un gigantesco etnocidio continental e impuso una lumpenización general de las comunidades americanas. Para entender esto es suficiente con leer lo que el padre Andrés Pérez de Ribas, evangelizador de los hiaquis, consideraba como una obra misional bien lograda.¹³

La tendencia en convertir hoy, otra vez, a los indios en los únicos y últimos baluartes de un auténtico espíritu patriota, de una mexicanidad perdida, me parece algo ilusorio. Porque tampoco podemos olvidar 500 años de explotación feroz, que sí la hubo, de destrucción salvaje de la naturaleza americana, también irrefutable, y en resumen de una total y “general destrucción de las Indias” y querer al mismo tiempo encontrar islas vírgenes y pueblos originarios impolutos.

Así espero que de este ensayo hayan podido ustedes sacar dos grandes tipos de conclusiones y que son también los ejes del trabajo del seminario “Repensar la Conquista”:

La primera, que Sahagún no es ningún antropólogo; ni Las Casas un militante antiimperialista. Es decir, que debemos leer y estudiar siempre las crónicas americanas al interior de su horizonte de producción. Estas obras tampoco han sido escritas para servir de “fuentes” para escrituras de historias nacionales ni para una historia “científica” americana o universal. El tipo de verdad que se constituye en ellas no tiene nada que ver con la verdad histórica que desde hace dos siglos los historiadores quieren entender y reconstruir desesperadamente. Si en estas crónicas a veces se hace referencia a lo “verdadero” es antes que

¹² Josefo, Flavio *La guerra de los judíos*, varias ediciones, los presagios constituyen el Cap. XXI del Libro VI.

¹³ Ver, por ejemplo, Rozat Guy, *América imperio del demonio. Cuentos y recuentos*. México, UIA, 1995.

nada como referencia a una verdad moral, y toda la retórica que la constituye está enfocada hacia ese tipo de “verdad”. De ahí el error dramático de ciertos etnohistoriadores y antropólogos que creen encontrar en estos textos “perlas de verdad”, elementos genuinamente americanos que podrían utilizar para construir su propia verdad del indio. El problema es que la escritura en el siglo XVI está tan controlada por la retórica, que hasta estos elementos que parecen anodinos, simples, genuinos, de la naturaleza o de las acciones del hombre, pertenecen a ese conjunto de lugares comunes encargados de construir esta verdad moral. Se establece así una relación directa entre los autores y sus lectores potenciales, los cuales no solamente poseen también gran parte de ese mismo repertorio de lugares comunes, sino que esperan y exigen encontrarlos en su lectura de este tipo de textos.

Así se puede entender cómo la traducción del mundo americano que intentan los cronistas para sus contemporáneos hispanos es, antes que nada, la reducción de lo múltiple al uno como lo señaló hace décadas Francois Hartog; y cómo ese uno, figura esencial del logos occidental, ordena toda la escritura de las crónicas americanas.¹⁴

La segunda gran conclusión que debemos sacar de nuestra reflexión sobre las prácticas de las crónicas americanas, es que debemos desconfiar mucho de las interpretaciones nacionalistas del siglo XX, ya que éstas tergiversan los textos del XVI y XVII para construir un indigenismo castrante, y bloquean la reflexión sobre la historia antigua de los antiguos pueblos americanos, así como también silencian las luchas cotidianas de las comunidades indígenas coloniales durante siglos, en sus intentos de reestructuración.

Por otra parte, podemos pensar que las ambigüedades existenciales de ciertos sectores de la población latinoamericana se deben a estas presentaciones de una supuesta “Visión de los vencidos”, que no es más que una de las tantas afirmaciones de la impotencia americana.

Así, hemos cerrado el bucle de nuestra reflexión, cuando ponemos nuestra esperanza en la elaboración de una escritura americana posnacional, no es que estemos en contra de las naciones, sino que creemos que se puede y se debe al interior de los esquemas nacionales heredados, repensar La Historia nacional para dar espacio a las historias múltiples y complejas de los diferentes conjuntos culturales que en ella se desarrollaron antes y después de la Conquista.

¹⁴Hartog Francois, *El espejo de Heródoto*, México, FCE, 2003

Bibliografía

- Acosta, Joseph de, *Historia natural y moral de las Indias*; ed., pról. y apénd. de Edmundo O'Gorman, 2ª ed., México, FCE, 1962.
- Bustamante Carlos María de, *Mañanas de la Alameda de México; publicadas para facilitar a las señoritas el estudio de la historia de su país*, 2 vols. México, 1835-1836.
- Certeau, Michel de "L'opération historique", en Jacques Le Goff y Pierre Nora, *Faire de l'histoire*, vol. 1, Jacques Le Goff y Pierre Nora, París, 1974.
- , *L'écriture de l'histoire* (I ed. 1975), París, Gallimard, 1980.
- Norman, Daniel, *Islam et Occident*, París, Cerf, 1993.
- Duchet, Michèle, *Diderot et l'Histoire des deux Indes, ou l'écriture fragmentaire*, París, A. G. Ni-zet, 1978.
- , *Le Partage des savoirs. Discours historique et discours ethnologique*, París, La Découverte, 1985.
- , *Anthropologie et histoire au siècle des Lumières*, Apéndice realizado por C. Blanckaert, París, Albin Michel, 1995 (1971).
- Hartog, Francois, *El espejo de Heródoto*, México, FCE, 2003
- , "L'écriture du voyage", en Luce Giard (dir.), *Michel de Certeau*, París, Centre Georges Pompidou, Cahiers pour un temps, 1987.
- Iogna-Prat, Dominique, *Ordonner et exclure. Cluny et la société chrétienne face à l'hérésie, au judaïsme et à l'islam, 1000-1150*. Paris, Aubier, 1998.
- Jules, Isaac, *Genese de l'antisémitisme*. Paris, Calmann-Levy, 1956.
- Josefo, Flavio, *La guerra de los judíos*, varias ediciones.
- Nogent, Guibert de, *Geste de Dieu par les Francs. Histoire de la Première Croisade*. Turnhout, Brepols, 1998.
- Pauw, Cornelius de, *Recherches philosophiques sur les Américains, ou Mémoires intéressants pour servir à l'histoire de l'espèce humaine*, par Mr de P. Nouvelle édition, augmentée d'une Dissertation critique par Dom Pernet; & de la Défense de l'Auteur des Recherches contre cette Dissertation (1768-69), 3 vols., Berlín, s.e., 1771.
- Pérez de Ribas, Andrés, *Historia de los Triumphos de Nuestra Santa Fee entre Gentes las mas Barbaras y fieras del nuevo Orbe* (Ia ed. Madrid, 1645) México, SigloXXI ed., 1992.
- Poliakov, Leon, *Historia del antisemitismo, de Mahoma a los Marranos*, Barcelona, Muchnik, 1980
- Prescott, William, *History of the Conquest of Mexico*, Nueva York, Harper and Company, 1843. Edición castellana Ortega y Medina, México, Porrúa, 1976.
- Raynal, Guillaume-Thomas-François, *Histoire philosophique et politique des établissements et des commerces des Européens dans les Deux Indes*, Amsterdam, Gosse, 1770.
- Robertson, William, *The History of America*, Londres, 1777. Trad. castellana *Historia de la América*, trad. B. de Amati, Burdeos, Francia, 1827.
- Rozat, Guy, *Indios reales e indios imaginarios en los relatos de la Conquista*, (Ia ed. 1992) Xalapa, INAH-UV-BUAP, 2002.
- , *América, Imperio del Demonio*, México, UIA, 1995.
- Sahagún, Bernardino de, *Historia general de las cosas de la Nueva España*, México, Editorial Porrúa, 1999.

